

# Capítulo 35 - Luces pálidas

Nadie murió durante la noche.

Un alivio, aunque apenas mejoró el ánimo cuando comenzaron a reunirse en la sala de la puerta media hora antes de que se abriera la puerta delantera. Angharad no había dormido bien, luchando con lo que había escuchado — intentando distinguir la verdad de las mentiras. Song había intentado acercarse a ella, pero la Pereduri la había apartado. Por injusto que fuera, resentía a los Tianxi por haberla obligado a escuchar a escondidas a Isabel y Ferranda. Su mundo había sido más sencillo antes de esa conversación.

Ahora Angharad debía sopesar todo. ¿Estaba siendo injustamente generosa al tener una buena opinión de Isabel Ruesta? ¿Estaba un contacto manipulando su mente? ¿O ella misma era injusta al buscar cada pensamiento con tanta atención cuando Ferranda Villazur solo había traído acusaciones? Un contrato era difícil de probar, pero también lo era refutarlo. ¿Qué podía hacer o decir Isabel para calmar las acusaciones de Ferranda? Nada. Y algunas de las otras acusaciones de Ferranda eran dudosas, como las alusiones a conspiraciones y a un asesino falso.

El dolor por la muerte de un amante —y pensar que Sanale había sido eso, sin que ella lo hubiera sospechado— podía ensombrecer la mente. Ferranda podría estar desahogándose.

¿O estoy viendo las posibilidades de Isabel a través de un espejo muy benevolente?

Los pensamientos giraban como perros persiguiéndose la cola. No había un mentiroso claro aquí, ni un monstruo con su rostro pálido y distorsionado que pudiera ser revelado debajo de una máscara. Como durante toda la noche, Angharad luchaba con sus dudas y miraba pensativa hacia adelante. No evitaba a Isabel, pero tampoco entablaba conversación — alargaba su paso para mantener la distancia y evitarla. Eso la dejó junto a Acanthe Phos en el camino hacia la fortaleza-templo, la traidora marcada solo con una mirada de paz, que debía mantener en silencio durante todo el trayecto.

En esta ocasión, al descender por las escaleras, todos guardaron una gran distancia entre sí.

La piedra roja de la fortaleza-templo los esperaba en el fondo del caldero, mientras el viento silbaba suavemente detrás de ellos, con las puertas de bronce aún abiertas de par en par. Esta vez, al atravesar el hall ecléctico de tesoros y baratijas, Angharad se quedó atrás. Dejó el frente a los demás, aquellos que aún no eran vencedores. Ellos podían enfrentarse al espíritu por sí mismos.

“¡Habéis vuelto!”

La imponente faisán real descendió de su estrado, con la diosa muerta rebotando sobre su espalda, y con toda la dignidad de una niña emocionada trotó hacia ellos. Moviéndose con entusiasmo sus

plumas de la cola, se balanceó de lado a lado en celebración.

“Pensé que habías muerto,” confesó la mayura. “Los mortales son tan frágiles.”

“Todavía no,” dijo Lord Zenzele, “pero el día apenas comienza. Seguro que uno de nosotros estará listo para enfrentarlo.”

“Seamos optimistas,” reflexionó Lady Ferranda. “No me quedaré con Xical sola — creo que, como comunidad, también podemos lograr que Lord Augusto sea eliminado.”

La pareja, pensó Angharad, realmente se había vuelto inseparable. Parte de ella se alegraba por ellos, que sus penas no tenían por qué soportarlas en solitario, pero la parte que debía ir más allá de la decencia se preocupaba. Si Lady Ferranda presionaba sus sospechas y trataba de matar a Isabel, ¿le ayudaría Zenzele Duma? Angharad no lo sabía y odiaba tener que considerarlo siquiera. Esta Prueba de las Ruinas era como un lodazal. Cuanto más tiempo permanecían en el laberinto, más profundo se hundían en el barro de sus propias maquinaciones y rencores.

A veces pensaba que los espíritus quizás no eran el verdadero peligro de este laberinto.

"Cuidado con tu lengua," gruñó el Cerdan, "o tú—"

La mano de Cozme Aflor sobre su hombro lo silenció.

"Debemos ganar las pruebas para llegar a la Carretera de Peaje," dijo el anciano. "Según las reglas que nuestro anfitrión ha establecido, aún hay que vencer a tres campeones. ¿Hay alguno entre nosotros que dé un paso adelante?"

Angharad escupió en broma, lo que atrajo más de alguna mirada hacia ella.

"Una pregunta interesante," dijo, "cuando tú mismo no eres un vencedor, Cozme Aflor. ¿A dónde ha ido la audacia de ayer?"

Miradas hostiles, aunque la mayoría no le fueron dirigidas directamente. Para su desdicha, encontró apoyo en un lugar inesperado.

"Ella tiene un punto, Cozme," dijo Tupoc, golpeando distraídamente su lanza contra su hombro. "Adelante, entonces, mi valiente hombre, toma la vanguardia. ¿No sois tú y Augusto totalmente capaces de defenderos por vosotros mismos?"

Miradas enojadas y preocupadas de ambos hombres que Tupoc había mencionado. Los ojos de Angharad se entrecerraron. ¿Quizás una división entre ellos y Tupoc? Tal vez que, con Cozme a su lado, Augusto había decidido que ya no necesitaba ser la ficha del Izcalli. Entonces ella pensó: Tupoc les está llamando a sumarse, ¿verdad? Incertidumbre sobre si debía permitir que sucediera, Angharad vaciló hasta que la decisión fue tomada fuera de sus manos. Cortando la tensión creciente, Song dio un paso adelante y se inclinó ante la mayura.

"Honorable anciano, me gustaría enfrentar a uno de vuestros campeones," dijo la Tianxi.

La pava le echó un vistazo.

"¿Te conozco?" preguntó el mayura. "Siento como si debiera estar picoteando tu cabeza."

"Preferiría que no, honorable anciano," solicitó Song cortésmente.

No era posible que un ave hiciera pucheros, por la falta de labios, pero el espíritu hizo un valeroso intento, sin embargo.

"Está bien," siseó. "Rechaza mi bendición."

La mayura esperó un momento, quizás con la esperanza de que llamar a su bendición cambiará la opinión de Song, pero estaba destinada a la decepción.

"Espero la presentación de vuestros campeones," dijo Song.

La pava se fue amu81ada, regresando al estrado para comenzar su espectáculo. Cascadas de seda azul y verde caían del techo otra vez, la vista menos impresionantemente deslumbrante la segunda vez. Las cortinas los rodeaban por todos lados mientras una luz dorada comenzaba a fluir hacia abajo. Pareciendo más una vendedora de Lierga que un espíritu ancestral, la mayura empezó a anunciar su lista de enemigos otra vez.

"¡Escuchen! ¿Enfrentaréis a Ojas el Astuto, a quien debéis vencer en un concurso de acertijos donde cada error os acerca más a un estanque de—"

Angharad sólo prestó atención de manera distraída a la lista de campeones, sabiendo que aún había tiempo. Al menos tres victorias aún deben ser alcanzadas para ganar el derecho a llegar a la cima del templo y al camino hacia la Carretera de Peaje que allí se encuentra.

"— Thangaraj, maestro de nieblas e ilusiones, cuya derrota debe llegar por la fuerza de las armas. Luego está—"

"Él, honorable anciano," dijo Song. "Thangaraj. Me enfrentaré a él."

"Oh, eso lleva tiempo," exclamó la mayura con entusiasmo. "Normalmente eligen a Inimai en su lugar, ella parece una presa fácil."

Angharad ladeó la cabeza. ¿No sería acaso la misma espíritu quien había elaborado las presentaciones?

"Me hicieron entender," dijo Song, "que agregar restricciones a la prueba produce mayores avances."

La espíritu pareció visiblemente complacida por la implicación. Y también en voz alta.

"¡Yesss," siseó la pava. "Dímelo."

"Te ofrezco dos juramentos," respondió Song con serenidad. "El primero es que usaré solo un disparo."

Eso no fue... inmensamente imprudente, pensó Angharad. Era raro poder recargar su arma durante un duelo, y Song no había mencionado nada de su espada. Era una limitación, pero no una que la incapacitara por completo.

"Recibo tu juramento," dijo la mayura, saltando de un lado a otro. "De nuevo."

"No me alejaré más de un paso del lugar donde me encuentre cuando comience la prueba."

El espíritu se echó a reír.

"Oh, eso es divertido," dijo ella. "Recibo tu juramento."

Una pausa.

"Donde tres te lleven hasta el final," dijo el espíritu. "Eso indica un cambio en las condiciones."

"Estoy atento, venerado anciano," respondió ella.

"Si pierdes," dijo la mayura, "te convertirás en uno de mis campeones."

Una oleada de inquietud recorrió a la multitud, aunque para Angharad esto no era ninguna novedad. La pavísima ya le había contado que la última prueba tenía esa particularidad.

"Eso me resulta aceptable," replicó Song. "¿Comenzamos?"

"Cuando estés lista," asintió con alegría la pavísima.

La mirada plateada de Tianxi los atravesó a todos.

"Entonces partiré," dijo. "Por favor, no reduzcan el número de vencedores en mi ausencia."

Y con esa nota contundente, Song se alejó.

--

Angharad nunca había presenciado una prueba desde afuera en este templo, así que fue con una mirada curiosa que observó los cambios en la luz dorada.

Lo que antes eran letras y la silueta de los campeones extendidos, ahora se iban afinando, formando la figura de una extraña habitación circular. Como si viviera, las hebras de oro se movían como nubes de neblina sobre un suelo lleno de picos irregulares y fosos ocultos. En el centro, sentado en un trono, un pequeño hombre calvo con una barba imponente y un vientre prominente esperaba. Sobre su regazo descansaba una maza con una cabeza gruesa y un mango extraño, similar a un sable, con una guarda en forma de arco para los nudillos. Los Pereduri nunca habían visto un arma así; debía ser de Someshwari.

Sabía por experiencia que tomaría tiempo para que Song llegara al lugar del combate, así que encontró un pilar para apoyarse en una esquina y se apartó un poco de la multitud. Lord Ishaan parecía querer conversar, pero adivinó por su expresión que prefería dejarla en paz. No, era otra quien buscaba a Angharad.

Lady Isabel Ruesta vestía con sencillez y practicidad, aunque probablemente no tendría que afrontar una prueba ese día. Un ajustado jubón amarillo de cuello alto sobre una blusa pálida combinaba con los calzados de la misma tonalidad, metidos en elegantes botas hasta la rodilla. La única concesión a la feminidad tradicional era su sombrero de montar con plumas, coquetamente inclinado sobre sus rizos negros. La infanzona, como siempre, era un espectáculo para la vista, y Angharad no olvidaría pronto la suavidad de su piel bajo sus dedos aquella noche en que Isabel la visitó.

Pero ahora no estaba tan segura de si debería sentir cariño por ese recuerdo. La comparación más amable, la llamaba Ferranda. ¿Qué significaría eso si fuera cierto?

Isabel se acercó a su lado, con las manos sobre su regazo. El silencio los envolvió. ¿No sería suficiente evitar mirarla para que el pacto de Angharad perdiera su efecto? ¿O quizás Isabel necesitaba del contacto para sembrar el velo que nublabla la vista? No podía evitar preguntarse incluso sabiendo que era injusto, que Ferranda había acusado sin pruebas. Pero, ¿cómo demostrar lo invisible? Una buena pregunta, pero también la opuesta: ¿cómo refutarla? Al final, se trataba de una cuestión de confianza, y Angharad sentía que su confianza se desgastaba.

Había desenmascarado demasiadas mentiras. Era agotador cuestionar todo. Suficiente para que pensara que quizás sería mejor seguir su propio camino.

—Extiende tu mano —preguntó Isabel de repente.

Angharad se quedó quieta. La otra mujer lo notó.

—Ah —dijo ella—. Como pensé. Permítame, entonces, ofrecerle una defensa contra las acusaciones que Ferranda le hizo.

¿Sería imprudente, aceptar? ¿Su contrato en el trabajo? Angharad podría haber dejado que el perro persiguiera su propia cola durante horas y no haber obtenido nada más que ladridos; en cambio, apartó sus pensamientos y dudas. Si su mente estaba insegura, solo necesitaba evitar confiar en ella misma. Isabel Ruesta había sido acusada y ahora buscaba una manera de demostrar su inocencia sin perjudicar a Angharad.

Por honor, eso debería estar permitido.

Casi aliviada de hallar una vía para sortear las dudas, la Pereduri le ofreció su mano. Isabel la tocó suavemente con la punta de los dedos.

—Desde ahora —dijo—.

Angharad parpadeó, observando a la otra mujer. ¿Una mentira? No sintió nada en absoluto. Quizás las acusaciones de Ferranda habían sido exageradas. Isabel exhaló lentamente.

—El Ducado de Peredur —dijo Isabel Ruesta— es un lugar desolado en la frontera del mundo, lleno de aldeanos de mandíbula floja que follan focas y afirman ser sirenas.

La Pereduri se retiró completamente sorprendida, aunque Isabel mantenía sus manos unidas. Tras la primera sorpresa por la vulgaridad inesperada, surgió la ira. La infanzona no solo había insultado su tierra, sino que también había llamado mentirosos a sus compatriotas. Incluso en broma, y seguramente esto era una broma, porque Isabel no podía creerlo, la infanzona retiró la mano y Angharad hizo una pausa. ¿Por qué no podía Isabel creer eso?

—Yo habría desenfundado un sable contra casi todos aquí —dijo la Pereduri— si hubieran dicho lo que acabas de decir. Aunque fuera para demostrar un punto.

—Es mejor compararlo —dijo—, con hacer que una muchacha sencilla se pare en una luz halagadora y con ropajes elegantes. No cambia nada, en realidad — un chico que prefiere a otros chicos no la llevará a la cama, ni a uno que no le gusten las pelirrojas. Pero hace que los torpes sean gráciles.

—Y yo he llegado a comprender a la muchacha —dijo Angharad claramente.

La Isabel inclinó la cabeza.

—Lo has hecho. Si eliges enojarte por esto —dijo—, no lo discutiré.

La mirada de Angharad fue fría y distante.

—¿Y qué otra opción queda, Isabel?

—Permíteme explicarte —replicó ella.

—¿He impedido que hables? —preguntó Angharad en tono cortante.

La infanzona mordió su labio.

—No siempre tengo control sobre eso —dijo Isabel—. Cuando mis emociones se desbordan, sea miedo, alegría, deseo o odio, sin importar cuál sea, recorro al contrato. A veces ni siquiera me doy cuenta.

Podrías estar mintiendo —pensó Angharad—. Y en ese momento no puede confiar en su propia mente, así que en lugar de ello, confió en el honor.

—Si me hubieras contado esto, no habría habido una ruptura de confianza —le respondió—. Pero no lo hiciste.

—Tenía miedo —admitió Isabel—, y te ofendí por ello.

La mujer de piel oscura respiró profundamente ante esa confesión tan contundente.

—No justificaré lo que hice —continuó la hermosa de cabello oscuro—, pero te explicaré qué me llevó a ello, si me permites.

A Angharad le despertó poca empatía, y aunque la tuviera, el honor no le haría cuidar las razones. Aún así, era su responsabilidad comprender todo el asunto antes de decidir si cortar vínculos. Asintió en señal de permiso.

“Debo parecerte una especie de seductora de corazón frío,” dijo Isabel con cierta tristeza, “pero así no empezó esto. Mis padres, ves, querían un niño. Y cuando por fin mi madre dio a luz uno, de repente ya no era su favorita.”

Respiró profundo.

“Los infanzones aprenden de niños que una oración respondida puede ser algo peligroso,” dijo Isabel. “La mía lo fue. Deseaba ser la estrella que iluminara a mi familia, en lugar de esa cosa llorona y apestosa, y la Flor Amada me prometió justamente eso.”

“Nunca he oído hablar de un espíritu con ese nombre,” dijo Angharad.

“No hay razón para que lo hagas,” respondió la infanzona. “No es un Mane, apenas una fuerza antigua. Pero ella era tan hermosa, tan glamorosa, y ¿por qué habría de desconfiar de una diosa del amor que me promete exactamente eso? Solo que estaba equivocada, Angharad.”

La sonrisa de Isabel era una expresión melancólica.

“Ella, verás, no es una diosa del amor, sino de las novelas románticas,” dijo.

Angharad era Pereduri: sabía muy bien cómo una sola palabra podía cambiarlo todo. La infanzona suspiró.

“No me di cuenta de lo que realmente significaba eso hasta que fui mayor, cuando los chicos que habían sido mis amigos comenzaron a enamorarse de mí cada vez que reía,” dijo Isabel. “Aprendí a ser cautelosa, a controlarlo, pero el miedo es otra emoción: cada vez que sentía temor ante la llegada de un pretendiente que no aceptaba un no, el contrato florecía igual.”

Sus ojos verdes bajaron hacia el suelo.

“Así que lo acepté,” confesó. “Lo usé para defenderme, para ponerlos unos contra otros. Solo que los Ruesta no son la casa más grande de Sacromonte, Angharad. Tenemos superiores, a quienes no debemos ofender.”

“Casa Cerdan,” dijo en voz baja.

“La salida era casarse con alguien por encima, fuera de su alcance,” afirmó Isabel. “Y encontré a un hombre adecuado, cuyo contrato incluso opacaba el mío, pero mi reputación me seguía. Él era

cortés, pero mantenía cierta distancia. Sin querer rendirme, decidí seguirlo a esta isla para convencerlo.”

“¿Y los hermanos?” preguntó.

“Necesitaba que me dieran permiso para venir, de parte de mis padres,” explicó la infanzona. “Y, bueno, no quería ponerlos en peligro, pero si ellos lo buscaban por sí mismos, tampoco lloraría por las consecuencias.”

Angharad podía imaginar cómo era, un joven noble que buscaba algo que no quería darle. Había intercambiado palabras con izinduna en el circuito de duelos, y algunos de los jóvenes habían mostrado interés, pero ella no correspondía. ¿Y qué casa noble no tenía más prestigio que los Tredegar, allá en Malan? Luchó contra la simpatía, pero ésta fue inevitable. Desconfiándose a sí misma, Angharad volvió a buscar el honor.

En sus tratos con los Cerdan, podría decirse que Isabel Ruesta había mantenido exactamente los límites del honor. Rara vez en espíritu, pero no le correspondía a Angharad juzgar. La confianza se había roto entre ellas.

“¿Por qué me incluyes en esto?” preguntó.

Isabel vaciló.

“Se debió en parte al deber, hacia otra noble,” afirmó. “Pero no voy a fingir que no noté tu mirada sobre mí, ni que no me gustó la idea de contar con la protección de tu espada - o, perdón por la crudeza, de un asunto discreto con un apuesto desconocido antes de entrar en la vida matrimonial.”

Solo la persona que ella había buscado debía haber muerto desde la primera ola de probadores exterminados hasta la última. Angharad pudo ver cómo todo había ocurrido a partir de ese momento, y encontró que creía en la infanzona. La historia encajaba con los hechos. No podía aceptarlo como verdad, pues ya había sido engañada, pero tampoco se atrevía a llamar mentirosa a Isabel. No es que esto importara, pues Angharad seguiría no a sus sentimientos, sino a la ley del honor. Y el honor no toleraba excusas por lo que se había cometido, el uso secreto de un contrato contra ella. Si esto había sido hecho por accidente, entonces Isabel aún estaría obligada por deber a revelarlo.

Y Angharad no era ingenua para creer que todo había sido un accidente.

“No me compete decidir dónde yace el honor entre tú y los demás,” finalmente dijo. “Sin embargo, entre nosotros, se ha cometido una ofensa. Por respeto a la ayuda que me has brindado, no profundizaré en el asunto, pero todos nuestros lazos quedan desterrados.”

El rostro de Isabel se tensó, pero asintió.

“Si vuelvo a liderar a otros o formar alianzas, estaré obligada por honor a contarles lo que pueda sobre tu contrato, evitando tus asuntos privados,” añadió Angharad.

La infanzona dudó.

“Si estás dispuesta a esperar,” expresó ella, “prometo hacer esto yo misma en la próxima santuario. Temo por mi vida si lo digo antes de entonces.”

La Pereduri ladeó la cabeza, considerando esa posibilidad. No era un temor infundado. Augusto podría tratar de culparla por todo.

“Si sospechara que usas tu contrato contra otra persona, tendré que intervenir,” advirtió.

“Eso es justo,” respondió Isabel sin vacilar.

A regañadientes, Angharad pensó que ella misma había cambiado de opinión respecto a ella. Isabel Ruesta había cometido errores, pero no exigía seguir haciéndolo desde la sombra del silencio.

“Entonces acepto,” dijo Angharad, apartándose del pilar. “Creo que nuestra conversación y nuestros lazos han llegado a su fin natural.”

La infanzona apartó la vista, con la cabeza baja de modo que su cabello ocultaba su rostro. Por un momento, Angharad creyó percibir allí una fría ira, pero cuando Isabel volvió a mirarla, encontró algo más cercano a la tristeza.

“Así es,” dijo Isabel con tristeza.

Ella inclinó la cabeza, Angharad asintió en respuesta, y se apartó. La Pereduri no la miró abandonar, sino que observó las hebras de oro que aún representaban al campeón que Song enfrentaría. No había rastro del Tianxi, lo cual resultaba molesto, aunque Angharad sabía que era irracional esperar que Song hubiera progresado cuatro santuarios en el tiempo que le había llevado hablar con Isabel. Suspirando, se obligó a seguir mirando el oro para no ver si otros habían notado su conversación con Isabel.

Cuando otros pasos se acercaron, Angharad decidió que consideraba suficiente el desafío de Tupoc como una violación de la tregua y se comportó en consecuencia. Solo cuando la persona que se acercaba aclaró la garganta, demasiado aguda, ella centró en ella su mirada fija. Parpadeó sorprendentemente cuando vio a Isabel frente a ella. La infanzona sonrió un poco tímidamente y le tendió la mano para besar.

“Lady Isabel Ruesta,” dijo.

“Yo-” comenzó Angharad, frunciendo el ceño confundida, “¿Qué es esto, Isabel?”

“No hay nada entre nosotros ahora, tú dijiste,” respondió la infanzona. “Una hoja en blanco. La volveré a llenar, pero esta vez de manera correcta.”

“No ha cambiado nada desde hace unos momentos”, ella dijo.

“Todo ha cambiado”, replicó Isabel. “Sabes de mi contrato. Conoces mis intenciones y lo que me llevó al Dominio — ya no hay nada oculto entre nosotros.”

“Estoy segura de que puedes encontrar otro brazo con espada”, replicó Angharad con dureza. “No hay necesidad de infligir esto a ninguno de los dos, Isabel.”

“Angharad”, dijo la mujer de ojos verdes con paciencia, “ya no necesito un brazo con espada. No tomaré pruebas. Mi único enemigo, Augusto, ha desgastado varias palas cavando su propia tumba. Lo único que me queda por hacer es esperar pacientemente a que otros terminen el juicio para poder avanzar por el sendero hacia el santuario y abordar un barco que me lleve a casa.”

Eso era... bueno, no podía encontrar una parte que fuera falsa. Ni siquiera al buscar una trampa.

“No necesito nada de ti”, dijo Isabel. “Busco tu compañía porque la deseo.”

“Un lienzo en blanco no promete perdón”, contestó Angharad con sequedad.

“Entonces tendré que intentar convencerte de ello”, dijo Isabel.

La infanzona debía saber que la primera sospecha de que estaban usando el contrato contra ella, Angharad lo interpretaría como una ofensa personal. Y aun así, ella permanecía allí. Los Pereduri no dijeron nada, el silencio se instaló entre ellas, pero Isabel seguía allí, tendiéndole la mano. Sin temor.

“Lo dudo”, dijo Angharad.

No besó su mano. Isabel aún sonreía antes de alejarse, uniéndose a Lan para una charla. Como era de esperarse.

Angharad había respondido con tres palabras y ninguna fue “no”.

--

La llegada de Song hizo que toda la sala comenzara a murmurar.

La Tianxi, pensó Angharad, parecía más imponente cuando se mostraba engalanada en oro. Su largo trenza parecía una única línea, su barbilla, una cuchilla. Observaban cómo Song Ren avanzaba firmemente hacia la sala donde el campeón esperaba, sentado en su trono. Ella se detuvo a unos diez pasos del trono, una neblina giraba a su alrededor. ¿Podría verla a través de esa bruma, percibir las pisadas traicioneras y las fosas ocultas debajo? Angharad no lo sabía, y eso le preocupaba.

Los labios de Song y del campeón se movieron, pero no se podía distinguir qué decían. Los detalles no eran lo suficientemente finos para ello. Sea cual fuera la verdad, el campeón se levantó de su trono y blandió su maza con despreocupación. La Tianxi no se movió, atada por el juramento de no alejarse más de un paso de donde permanecía, salvo para desenvainar su espada recta.

Entonces, Thangaraj atacó, y todos contuvieron la respiración.

Saltó hacia Song, quien atravesó su garganta con su espada, pero el hombre se transformó en una neblina ondeante. ¿Una ilusión? Otro Thangaraj volvió a su trono, riendo, mientras todos estaban atentos a ver a otro acercarse sigilosamente por detrás de Song, agazapado. El infiltrado atacó por la espalda, pero ella esquivó por estrecho margen — su espada cedió, aunque el asta de la maza golpeó su pierna. Eso, sin duda, le dejaría una contusión.

Luego, fue un torbellino de trucos y desafíos, Thangaraj muriendo una docena de veces ante su espada solo para ser visto disfrutando de una copa, descansando a los pies de su trono o recogiendo piedrecillas para arrojarla. La única vez que estuvo cerca de acabar con él, cuando intentó un golpe por un lado tras fingir que era una ilusión, abandonó su arma y se arrojó a un foso. Momentos después, salió de nuevo, con su arma en mano.

La campeona jugaba con ella, pensó Angharad. Song apenas había sufrido moretones, pero ahora Thangaraj intentaba golpes cada vez más duros. Era solo cuestión de tiempo antes de que ella recibiera una herida real, y a partir de ahí sería cuesta abajo. La noble observaba con mandíbula apretada mientras Thangaraj se burlaba de ella, bailando cerca para golpearla con la maza, solo que Song soltó su espada al girar.

La maza atravesó justo la nuca de ella, convirtiéndose en niebla, y el Tianxi atrapó el aire con las manos vacías—agarrando a la campeona por el cuello y, cuando abrió la boca, Angharad comprendió por qué Song había soltado la espada: estaba sacando su pistola. La metió en su boca y sonrió con una fría sonrisa dorada antes de apretar el gatillo.

Un disparo, pensó Angharad mientras el cerebro de Thangaraj salpicaba la niebla. Eso era por lo que la otra mujer había negociado.

Quizá no debería haberse preocupado tanto por Song Ren, reflexionó Angharad mientras los demás comenzaban a aplaudir con entusiasmo.

--

El regreso de Song fue más rápido que el viaje de ida.

Angharad se unió a las felicitaciones, que fueron especialmente efusivas por parte de Shalini. Nadie le preguntó al Tianxi cómo había visto a través de la ilusión, aunque todos sospechaban que se trataba de un contrato. El mayura volvió con Song, inicialmente feliz, pero esa alegría se disipó cuando confirmaron que ahora tenían derecho a subir a la cumbre del templo-fortaleza y seguir el camino hacia la Carretera de Peaje. Todos recogieron sus bolsas, revisaron sus armas y comenzaron a avanzar.

El mayura trotejaba nerviosamente detrás de ellos. Dada su tamaño y la agudeza de su pico, sería una vista inquietante si no pareciera un perro abandonado.

“No tienes que irte,” dijo el espíritu. “Puedes quedarte esta noche, ¿sabes? Aquí es seguro y antes había un templo de placer, así que hay muchas camas.”

El Lord Ishaan, a quien ella se dirigía, ralentizó su paso y se volvió para hacerle una reverencia, mientras Shalini mantenía una mirada cautelosa en todo.

“Gracias por la oferta, guardián, pero pretendemos terminar el laberinto hoy,” dijo el Lord Ishaan. “No debemos demorarnos.”

“El camino es terrible,” aseguró el mayura. “Muchos de ustedes podrían morir. Probablemente sería mejor que se quedaran aquí.”

La someshwari hizo otra reverencia, sin responder más. El pavo real intentó nuevamente, pero siempre fue cortésmente rechazado—Cozme dijo que debía llevar noticias de una muerte a Sacromonte, Acanthe Phos afirmó que no podía dormir bien en templos, y Lady Ferranda respondió que si se agotaba en la Carretera de Peaje, seguramente regresaría. Tupoc, con audacia, propuso que el espíritu debería partir con él como su montura, lo que alarmó a todos porque la mayura parecía considerar la idea.

“No puedo dejar atrás el templo de Kshetra,” le dijo a Tupoc. “Lo siento. Pareces alguien que mete mucho en líos, quizás habría resultado divertido.”

“Si alguna vez cambias de opinión, búscame,” respondió casualmente el Izcalli.

Cuando la mayura llegó hasta ella, Angharad sintió que era la última de una fila de botas a punto de patear a un cachorro. Era una sensación absurda, por supuesto—los espíritus no eran humanos, no podían ser tratados igual. La mayura debía tener siglos de antigüedad, aunque parecía tener la mente de un niño alegre. Sin embargo, cuando el pavo real sugirió que podía quedarse y descansar un poco, quizás entrenar con la campeona Amrinder, Angharad se sintió como una villana por negarse.

—Lo siento mucho, venerable ancestro— dijo con sinceridad. —Si tuviéramos tiempo, me quedaría toda la noche, pero anhelamos la seguridad del santuario que nos espera más allá del laberinto. Muchos de nosotros hemos perdido seres queridos en este lugar, no es la hospitalidad la que nos impulsa a partir—.

La larga cuello de la mayura cayó en señal de abatimiento. Parecía afligida.

—La gente nunca se queda salvo cuando son campeones— dijo. —Extraño cuando venían a visitarnos antes de cruzar el agua—.

—¿No son sus campeones una buena compañía?— preguntó suavemente.

—Olvidan muchas cosas— masculló el pavo real—. Me alegra que lucharas contra Amrinder como lo hiciste, eso trajo de regreso muchas memorias de él. Eran mejores cuando Kshetra estaba presente, más vibrantes—.

La ave suspiró.

—Me gusta poder hacer lo que quiero ahora, pero a veces echo de menos a aquel— admitió la mayura—. Era un buen dios.

¿Era locura, pensó Angharad, verse a sí misma en un espíritu? Ver a un niño sobrevivir a su linaje, solo en un mundo que parecía tan sombrío y que parecía cerrarse desde todas partes. Debía serlo, y aún así ella estaba allí. Presenciando aquella misma cosa.

—También extraño a mi familia— dijo con suavidad—. Antes me alegraba de alejarme durante meses, en campeonatos de lucha, pero ahora daría todo por haber pasado esos días con ellos en su lugar—.

Ella suspiró.

—Pero no puedo cambiar eso— dijo Angharad—. El pasado está más allá de nuestro alcance. Solo podemos aprender de nuestras penas—.

Se acercó a su sable, desenvainando la hoja mientras la mayura la observaba con curiosidad. Extendió su brazo, cortando superficialmente en su antebrazo, limpiando la hoja antes de guardarla. Con su mano libre tocó su sangre, humedeciendo la punta de sus dedos, y sonrió a la espíritu.

—Inclínate hacia adelante, por favor— pidió.

La pavo real lo hizo, la carcasa reseca del dios en su espalda tintineando a su paso. Angharad se inclinó en señal de respeto.

—Por su amable hospitalidad, les doy las gracias, venerables ancestros— dijo, y tocó el borde de la cuna dorada.

El metal se manchó de rojo, aunque tras un latido el vivaz color se desvaneció.

—Es una ofrenda pequeña, pero espero que la disfruten— expresó Angharad.

Se inclinó nuevamente, retrocediendo un paso, y el largo cuello de la mayura se enderezó. La espíritu la observó detenidamente, por un largo momento, y luego asintió con determinación.

—Eres muy amable— decidió la mayura—. Me caes bien.

—Yo también te aprecio— sonrió Angharad.

La espíritu del pavo real era peligrosa, pero también lo eran muchos de los compañeros de Angharad. La mayura no era malvada, ni un atisbo de malicia en ella, y por eso había pronunciado esas palabras con sinceridad.

—Puedes aceptar mi bendición— permitió el pavo real, levantando la cabeza en señal de respeto.

La Pereduri se detuvo, insegura de qué hacer.

—Acaricia las plumas— instruyó la mayura—. Son muy suaves.

Angharad no pudo evitar sonreír ante lo orgullosa que parecía por ello. Con su mano limpia acarició las plumas mientras la mayura emitía sonidos de aprobación. Por un momento pareció que la mayura susurraba algo, y Angharad se inclinó más cerca, pero debió malinterpretar. Solo era ese extraño ronroneo. Después dejó de hacerlo, la mayura retiró su cabeza.

—Buena suerte— le dijo la espíritu—. Espero que no mueras antes de morir en realidad.

—Gracias— contestó Angharad, ligeramente desconcertada.

Aun así, se encontraba de mejor ánimo al despedirse del espíritu y ponerse al día con los demás. Uno la esperaba en la parte trasera.

“Suave y delicada,” bromeó Song, una sonrisa asomándose en sus labios.

Angharad la miró con aire arrogante desde arriba.

“La envidia no te favorece, Song,” le dijo. “No es mi culpa que rechazaste su bendición cuando se ofreció.”

“Ves a través de mí,” respondió la otra mujer con sequedad, colocando una mano sobre el corazón.

Ambas sonreían al tiempo que alcanzaban a los demás.

--

Hasta la cima subieron, con los pies engullendo las escaleras, hasta que emergieron en el corazón de la pequeña torre que dominaba alturas vertiginosas.

Desde allí, un pequeño puente de madera llenaba el espacio, llevándolos hasta el borde de los imponentes acantilados que rodeaban el templo-fortaleza. Avanzaron de nuevo, ansiosos por descubrir lo que les aguardaba, y cuando el lado del precipicio se convirtió en una enorme escalinata, vieron la prometida Carretera del Peaje.

Angharad pensó que parecía bastante sencilla. En la base de las escaleras aguardaba un largo puente de piedra sobre un río caudaloso, y a lo lejos se divisaban una multitud de luces. Faroles en cientos pendían de lo que ella se aventuró a llamar el final de la caverna, una pared natural. Y en esa pared, rodeada por un halo de linternas, esperaba una gran puerta de bronce.

“¿Podemos cruzar sin problemas?” preguntó Shalini Goel, con tono sorprendido. “No veo ningún santuario en pie.”

“Mira más de cerca el puente,” respondió Lady Ferranda.

Solo entonces Angharad los vio. Marcadores, como los usados en Malan hace años, piedras levantadas. Dispuestas en el centro del puente, exactamente a la misma distancia, en total diez.

Alguien soltó una maldición.

“¿Cada piedra una prueba?” preguntó Lord Zenzele.

La joven infanzona de cabello rubio asintió. La atmósfera cambió, como era de esperar. Vencer a diez dioses no era tarea menor, incluso para un grupo como el de ellas.

“Eso no es lo peor,” añadió Ferranda. “Cada vez que se falla una prueba, esa décima parte del puente se desploma en el río. Oí que saltar una sección es posible, pero ¿dos?”

Ella frunció el ceño.

“Mejor no fallar otra vez, o correremos el riesgo de caer al agua.”

---

Revision #1

Created 29 April 2026 09:45:23 by Michael Brown

Updated 29 April 2026 09:45:26 by Michael Brown